



Gracias a la bondad Divina

el Rab *shlita* se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengán a encontrarse con el Rab *shlita*, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá
La dirección



Hilulá del
Tzadik

19 - Rabí Shaúl Sithon Dabbah.

20 - Rabí Jaím Mordejay Levatón.

21 - Rabí Shimón Sofer.

22 - Rabí Itamar Rozenboim, el Admor de Nadvorna.

23 - Jajam Refael Alshvili, el Rabino de los judíos de Georgia.

24 - Rabí Massoud HaCohén Eljadid.

25 - Rabí Mordejay Eliahu.

PAJAD DAVID

Publicado por "Orot Jaim uMoshé", Israel

Bajo la dirección de Morenu veRabenu HaGaón HaTzadik Rabí David Janania Pinto *shlita*
Hijo del tzadik Rabí Moshé Aharón Pinto ztz"l y nieto del sagrado tzadik Rabí Jaim Pinto ztz"l

Maskil leDavid

Comentario semanal de Morenu veRabenu, Rabí David Janania Pinto *shlita*, sobre parashat hashavua

Como niños que se escapan de la escuela

"Viajaron del Monte de Hashem, una jornada de tres días..."

(Bamidbar 10:33).

Nuestros Sabios, de bendita memoria, enseñaron: "Del versículo 'Los Hijos de Israel viajaron desde el Monte de Hashem, una jornada de tres días', se entiende que de la misma forma como un niño al salir de la escuela, se escapa de allí, así los Hijos de Israel salieron del Monte Sinai"; es decir, el evento en el Monte Sinai les fue una carga tan pesada que quisieron deshacerse de ella, y salieron corriendo.

Este Midrash exige una explicación. Estamos hablando de personas rectas a quienes nuestros Sabios apodaron "la generación del conocimiento". Ellos recién en ese momento habían tenido el mérito de recibir la Torá y de tener visiones de Dios. Cara a cara pudieron ver la Shejiná de Hashem y Su revelación en el Monte Sinai; sin duda alguna, el amor a Hashem y a Su Torá estaba arraigado en sus corazones. Entonces, ¿cómo puede ser que de pronto quisieran escaparse de aquel lugar como niños que se escapan de la escuela?

Aparentemente, falta comprender cómo puede ser que del versículo "Y viajaron del Monte de Hashem" se entiende que salieron del lugar como quien quiere escaparse. Quizá se deba explicar que viajaron de allí como viajaron y acamparon en el desierto, sin escaparse. Además, se puede decir que con la expresión "viajaron del Monte de Hashem" quiere decir que llevaron consigo en la memoria todo el evento del cual habían sido partícipes en el Monte de Hashem. El Or HaJaím HaKadosh, por su parte, explicó que el versículo: "Y viajaron de Refidim" implica que "viajaron" de la flojera en Torá, que ahora se reforzaron en la dedicación a la Torá. Tenemos, entonces, que se puede explicar de forma positiva el versículo. ¿Por qué nuestros Sabios le dieron un enfoque no tan positivo?

Creo poder explicar, con la ayuda del Cielo, que nuestros Sabios dijeron así puesto que les resultaba difícil comprender el comportamiento de los Hijos de Israel, el cual es muy sorprendente: poco tiempo después de recibir la Torá y de la elevación espiritual que ello conllevó, de pronto, sufren una dura caída, expresada en sus quejas y querellas contra Hashem y contra Su enviado, quejas acerca de la falta de agua y de la falta de carne, culminando con las querellas acerca de la Tierra de Israel y hablando mal de ella.

Nuestros Sabios quedaron estupefactos ante estos versículos. ¿Cómo puede ser que aquellas personas que habían recibido la Torá en medio de truenos y relámpagos y el sonido del shofar, y que vieron los milagros y las maravillas, de pronto cayeron una y otra vez en las redes de la Inclinación a Mal? ¿Por qué la Torá que recibieron no los protegió y los cuidó de esas trampas?, ¡si la sagrada Torá es el remedio contra la Inclinación al Mal! De aquí que nuestros Sabios concluyeron que hay que decir que, ciertamente, hubo un pequeño defecto en su aceptación de la Torá, ya que esa Torá no los in-

fluenció a cambiar su sendero para bien. ¿Y cuál fue ese defecto? Que salieron del Monte Sinai como niños que se escapan de la escuela.

Es cierto que tenían que dejar el lugar y viajar según la orden de Hashem —pues "según la orden de Hashem, acampaban; y según la orden de Hashem, viajaban"—, pero no tenían que dejar el lugar con alegría y prisa. Muy dentro en sus corazones tenían que haber sentido una angustia y dificultad por la obligación de tener que dejar el lugar; sentir que todo lo que allí experimentaron les haría falta y decir: "¡Qué lástima que tenemos que dejar este lugar tan sagrado y puro!". Debieron haber expresado añoranza por el Monte de Hashem: "Es una pena que este lugar que es tan sagrado, que incluso a las bestias les estuvo prohibido subir a pastar a su alrededor, ahora, que dejamos este lugar, incluso las bestias podrán ascender a él". Así, de hecho, debieron haber dejado el lugar con lentitud y pie pesado. Pero ellos se fueron sin ningún sentimiento de carencia, lo cual es la prueba de que el recibimiento de la Torá fue para ellos una carga y una molestia, y no la recibieron voluntariamente. Y explicaron nuestros Sabios, que ellos tuvieron miedo de que HaKadosh Baruj Hu les agregara más mitzvot, lo cual es asombroso, pues ellos debieron entender que un hombre sin Torá es como un cuerpo sin alma. Así también en el Monte Sinai, todo el tiempo que HaKadosh Baruj Hu estuvo allí en el Monte, el Monte Sinai tenía santidad; ahora que la sagrada Shejiná se había retirado de allí y ellos tuvieron que dejar el lugar, entonces, el monte volvió a ser como cualquier otro lugar. Pero ellos debían haberse conducido de forma tal que todo lugar en el que se encontraran fuera como si en él se encontrara Hashem y Su Shejiná. Pero ellos se condujeron de forma contraria, saliendo rápidamente de allí como niños que escapan de la escuela, sin preocuparse de hacer de otro lugar el lugar de Hashem como el Monte Sinai.

Así es el tema también en cuanto a la plegaria. Con asombro vemos que la persona que rezó su plegaria con temor y amor, poniendo la debida intención, es la misma persona que dice Alenu Leshabéaj en carrera saliendo del Bet HaKnéset. Con esto demuestra que toda su plegaria fue para ella una carga y una molestia, y esperó el momento en el que pudiera quitarse ese yugo de encima. No se puede dudar que de una plegaria como esa no surtirá ningún efecto beneficioso, ni hará en su alma una impresión. Lo mismo sucede con los Hijos de Israel: si después de dejar el Monte de Hashem, pecaron de inmediato, con quejas vanas contra Hashem Yitbaraj y contra Su forma de dirigirlos, ello demuestra que escaparon de allí como el niño que escapa de la escuela; y ellos se alegraron de dejar con rapidez el Monte Sinai, porque todavía no habían entendido el valor y la importancia de la Torá lo suficiente. Por ello, el recibimiento de la Torá no los influenció para mejorar sus senderos. Pues, a pesar de que entendieron su gran virtud y su importancia, debieron haberse afligido por tener que dejar el lugar tan sagrado, el Monte de Hashem, a pesar de que estaban obligados a hacerlo y continuar viajando según la orden de Hashem.



Siguiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales de Morenu veRabenu Rabí David Jananía Pinto shlita

Apegarse a Hashem sin recordatorios dolorosos

A continuación, relataremos un suceso que demuestra cuán poderosos son los sufrimientos que logran acercar a la persona —cualquiera que sea su nivel— al Creador. Aun cuando se trate de un no judío, de todas formas, tiene el mérito de reconocer de forma clara a Hashem Yitbaraj. Mi preciado alumno, R. Javer, haiú —a quien tuve el mérito de hacer volver en teshuvá con ayuda del Cielo— se encontró en Argentina con su amigo, el señor Rivero, que no es judío.

El Sr. Rivero es una persona muy adinerada, dueña de muchas propiedades. En un encuentro emotivo (shiván 5771), en el que se intercambiaron experiencias y se preguntaron mutuamente acerca de sus vidas, la conversación se hizo muy interesante entre ellos. Mi alumno, el Sr. Javer, le contó al Sr. Rivero: “Mi Rav —Rabí David, shlita— se encuentra en este momento en Argentina. Acompáñame donde él y recibamos del respetable Rav una bendición”. Al escuchar esto, el Sr. Rivero respondió con arrogancia: “Lo tengo todo, ¿para qué tengo que pedir una bendición? Soy muy rico, tengo esposa e hijos y no me hace falta nada”.

Y el Sr. Rivero agregó: “Mi esposa es judía”. Ante esto, el Sr. Javer le dijo: “Si es así, tienes una especie de relación con los judíos, aparte de que tus hijos son judíos en todo aspecto”.

Aquí el Sr. Rivero respondió con desdén: “Mi esposa y mis hijos no guardan ninguna relación con el judaísmo. Cada semana van a la iglesia (—Rajmaná litzlán—) y no tienen el menor indicio de que son judíos”.

Mi alumno me dijo: “En ese momento, lo miré como quien mira a un hombre pobre e indigente que no entiende en absoluto cuál es la finalidad del hombre en el mundo. Pensé: ‘Bendito [...] que no me hizo goy’, y agradezco con todo el corazón a HaKadosh Baruj Hu ‘que no hizo que mi porción sea como la de ellos, ni mi destino como el de sus multitudes’”.

Pasaron un par de días desde aquel encuentro, y el Sr. Rivero llamó a su amigo, el Sr. Javer, con urgencia. Su voz temblaba y se notaba que había llorado. Le pidió al Sr. Javer que le concertara una cita urgente con su Rav...

El Sr. Javer se asombró. ¿Acaso no había sido sino hace tan sólo un par de días que el Sr. Rivero había expresado menosprecio por la importancia de la bendición del Rav? Y todavía había tenido el coraje de argumentar que no necesitaba de nada en absoluto, pues lo tenía todo y no le faltaba nada. ¿Qué pasó de pronto?

Su asombro no duró mucho tiempo. Con voz quebrada y abatida, el Sr. Rivero le contó que de pronto se había sentido mal. Fue llevado al hospital, le realizaron exámenes y los resultados indicaron que tenía la fatídica enfermedad —Hashem yerajem—.

De pronto, toda su vida tranquila fue arrastrada a un mar tormentoso del cual no sabía cómo salir. Con pesar, recordó el encuentro que había tenido con el Sr. Javer en donde le contó acerca de la bendición del Rav, y ahora deseaba ir y ser bendecido por el mérito de sus sagrados ancestros para ser salvado y curado de su enfermedad.

Luego de unas cuantas horas, llegó a encontrarse conmigo y me contó todo lo que le había sucedido. Me dirigí a él y lo bendije de todo corazón que HaKadosh Baruj Hu le enviara pronta y total recuperación de su aflicción y lo devuelva a su fortaleza como al principio. Lo bendije así con buena intención, pues yo sé bien que, si él sana y se recupera, será una santificación del Nombre de Hashem muy grande. ¡Cuán grande y poderosa será la santificación del Cielo que resultaría de esto!

Además, cuando él llegó donde mí, me ofreció una muy respetable suma de dinero para las instituciones sagradas, pero yo lo rechacé, pues mi intención era la de hacer una santificación de la Gloria de Hashem Yitbaraj en Su mundo.

Este incidente se grabó en mi corazón. Pensé mucho al respecto. Me dije: “¡Cuán puede equivocarse una persona y pensar arrogantemente que nadie puede contra ella! El Sr. Rivero estaba tan seguro de sí mismo al principio; su corazón estaba lleno de orgullo, y a partir de esa forma de pensar errada de ‘mi fuerza y el poder de mi mano es lo que me permite alcanzar este triunfo’ sentía que lo tenía todo en las manos, que tenía como una póliza de seguro abarcadora que protegía toda su fortuna y riqueza y la situación de su familia. No obstante, en un instante, su mundo se le vino abajo, y cuando su salud se desmoronaba —Rajmaná litzlán— se convirtió en un objeto roto. Todo depende de la salud de la persona.

¿Qué lo llevó a ese reconocimiento claro? Los sufrimientos que le llegaron lo hicieron abrir los ojos y el corazón para entender. Por ello, la persona no puede rechazar el reconocimiento perceptible de que todo está en manos de Hashem Yitbaraj, y no debe esperar hasta que le envíen un mensaje doloroso desde el Cielo para que lo entienda. Más bien, debe fortalecer los sentimientos en el corazón en todo momento y renovar el asombro por la Providencia Divina, y su servicio diario. Siempre debe aspirar a aumentar su elevación, y pasar de un triunfo a otro en los niveles de la Torá y el temor al Cielo.



Tema de actualidad

La cualidad de la humildad de los grandes de Israel

“Y el hombre Moshé es muy humilde, más que todo hombre sobre la faz de la tierra” (Bamidbar 12:3).

¿Cómo puede Moshé Rabenu —el más grande de todos los judíos— ser humilde?

El Jafetz Jaím respondió que Moshé arguyó que no se lo podía comparar a él con toda la congregación de Israel, pues él había estado en el cielo y había tenido el mérito de estudiar Torá directamente de Hashem. Él sostenía: “Si ellos hubieran tenido el Rav que me enseñó a mí, ellos también habrían podido ser como yo”.

El Gaón, Rabí Zalman Sorotzkin, agregó que, en el evento del arbusto ardiente, cuando HaKadosh Baruj Hu le ordenó a Moshé Rabenu que fuera a rescatar al Pueblo de Israel, Moshé le preguntó (Shemot 3:11): “¿Quién soy yo para ir donde el faraón?”. HaKadosh Baruj Hu no decidió responderle: “Sólo tú eres apto. Sólo tú fuiste elegido para liberar. Si te rehúas al cargo, el Pueblo de Israel permanecerá en Egipto para siempre”.

De hecho, HaKadosh Baruj Hu le dijo algo totalmente distinto: “Yo estaré contigo”, lo que implica: “Es verdad, no eres apto para la gran misión, pero Yo estaré contigo y te ayudaré”.

Si Moshé Rabenu, en efecto, no era apto para el cargo de libertador, e incluso HaKadosh Baruj Hu concordaba con ello, surge una dificultad: ¿Por qué no nombró a alguien que sí fuera apto?

Más bien, HaKadosh Baruj Hu tiene un afecto particular por aquellos que “no son aptos”. Precisamente los “objetos rotos” son los que tienen el mérito de un afecto y cercanía, como dice el versículo (Tehilim 51:19): “Un corazón roto y decaído, Dios no menosprecia”.

El Gran Rabino de Jerusalem, el Gaón, Rabí Shelomó Amar, shlita, contó acerca de la cualidad de la humildad del Gaón, Rabí Mordejay Eliahu, zatzal (cuya hilulá cae el viernes de esta semana):

“Cuando culminaron los días de luto por el fallecimiento de Rabí Shalom Mashash, zatzal —de los Sabios de los judíos de Marruecos y Rabino de Jerusalem—, se realizó un evento in memoriam en la yeshivá Porat Yosef. Asistieron varios de los gigantes de Torá, entre ellos aquellos que fungimos como Rishón LeTziyón, como Rabí Mordejay Eliahu, y —apartado para la vida— Rabí Eliahu Bakshi Dorón, y mi persona.

“Rabí Mordejay Eliahu se levantó y disertó ante el público. De pronto, en medio de la disertación, entró Rabí Ovadia Yosef, zatzal.

“Cuando Rabí Eliahu lo vio entrar, detuvo su disertación y bajó de la tarima por honor al Rav Ovadia y fue a recibirlo.

“Le dije al Rav Eliahu: ‘Hasta que HaRav Ovadia se asiente de su llegada, continúe diciendo palabras de Torá’.

“Pero el Rav Eliahu se rehusó, alegando: ‘Hay que honrar la Torá del Rav Ovadia Yosef’, y no accedió a hablar delante de él”.

Haftará



La Haftará de la semana: “Roní vesimúj” (Zejaríá 2).

La relación con la parashá: en la Haftará, se menciona la Menorá pura, y el tema de las velas que vio el Profeta Zejaríá en una visión profética, lo cual es el mismo tema de la orden acerca del encendido de las luminarias delante de la Menorá en nuestra parashá.



SHEMIRAT HALASHON

Rastro de chisme

Hay cosas que está prohibido decir debido a que son “rastros de chisme”, como, por ejemplo, alguien que dice: “Quién diría que fulano llegaría a ser lo que es hoy”, o que dice: “No hablen de fulano. No quiero decir qué pasó ni qué sucederá”, o expresiones similares.

Asimismo, el que alaba a una persona delante de quienes la odian entra en la categoría de “rastros de chisme”, porque ello provoca que los presentes cuenten el lado menospreciable de dicha persona.



Jazak uvaruj

Reforzar la unión y recibir la bendición

En el libro HaPosek, se cita un relato maravilloso acerca de Marán, el Gaón, Rabí Shmuel Haleví Wozner, quien era un conocido activista en favor de aumentar la santidad en Israel. Él estableció murallas en contra de los ataques de la tecnología de forma que no entraran en el seno del campamento de los que temen la palabra de Hashem, y batalló con todas sus fuerzas, sin temor y con valentía, contra aquellos que hacían brechas en la santidad.

El hijo de Rabenu, Rabí Mordejay Elimélej Wozner, relató que en el verano de 5729 (1969) el Rav Wozner se encontraba convaleciendo en la ciudad sagrada de Tzefat. En el transcurso de todo el día, se la pasaba repasando Torá, como de costumbre; sólo dedicaba una hora para salir y tomar un poco de aire fresco. Rabí Wozner era conocido por ser muy riguroso en cuanto a la salud del cuerpo. No obstante, al salir a pasear, llevaba consigo varios libros sagrados.

En uno de sus paseos, el Rav llevó a su hijo y tomó consigo, para este paseo, un libro de Tehilim. Anduvieron hasta alejarse, y llegaron a subir uno de los montes del Galil. El libro de Tehilim que había tomado no era cualquiera. Se trataba de un libro de Tehilim muy antiguo, con una encuadernación antiquísima, y dicho tomo estaba enriquecido con la explicación de uno de los grandes de la generación anterior. Dicho tomo de Tehilim tenía un valor inmensurable; los negociantes de antigüedades estarían dispuestos a pagar fortunas por ese libro.

En el paseo, olvidaron dicho libro de Tehilim en una de las mesas del lugar. Varias horas después de rezar Arvit, se dieron cuenta de que el libro de Tehilim había desaparecido. Es fácil imaginar la gran preocupación que ello creó, pues en aquellos días los caminos de las montañas entre Tzefat y Mirón no estaban pavimentados ni desarrollados. Un viaje rutinario por ese lugar era muy complicado, aun en horas del día.

Uno de los acompañantes del Rav que se consideró culpable de la desaparición del libro de Tehilim quiso salir hacia la montaña para traerlo. Varios de los jóvenes se dirigieron al chofer del Rav para que los llevara a buscar el artículo perdido, pero el chofer, que temía viajar por un camino no pavimentado y tortuoso —particularmente en ese momento en que ya había caído la noche—, sólo accedería a viajar si el Rav le daba su bendición del camino. El hijo del Rav se dirigió a su padre y le solicitó permiso para salir. Su padre no lo permitió, y le dijo con firmeza: “No te permito que viajes a allá de ninguna forma”.

Cuenta el hijo del Rav: “Ingenuamente pensé que la razón por la que mi padre había prohibido viajar era de índole de seguridad. Pensé que temía del camino tortuoso en horas de la noche. Traté de decirle que el chofer sabía del riesgo y de la dificultad del viaje y que había asegurado que viajaría con mucho cuidado, pero mi padre no se convenció, manteniéndose en su posición de no permitir el viaje. Cuando intenté continuar insistiendo, me dijo: ‘Hijo mío, tú piensas que no te permito salir en este viaje por motivos de seguridad, pero no es esa la razón. Quién sabe qué está sucediendo ahora mismo en ese punto turístico. Yo temo que veas allí cosas que no son puras. Por ello no accedo de ninguna manera que viajes allá’”.

“Le pregunté: ‘¿Y qué será del invaluable libro de Tehilim?’. Mi padre me dijo que era preferible que se perdiera el costoso libro de Tehilim a que tropezara con ver cosas impuras.

“Transcurrieron 35 años desde aquel suceso, y en el año 5763 (2003), mi padre se encontraba descansando en una de las ciudades de Austria. Un día entró donde él un judío local muy adinerado y le dijo: ‘Respectable Rav, quiero honrarlo con una pequeñez. He logrado conseguir de un negociante de antigüedades un valioso tomo de Tehilim. Luego de que lo compré, vi que tenía escrito el nombre Shmuel Haleví Wozner, por lo que vine a dárselo como regalo’.

“Cuando llamé a mi padre el viernes de esa semana, como era mi costumbre, me contó mi padre con mucha emoción: ‘No sabes qué enorme alegría he recibido. ¿Te acuerdas de aquel libro de Tehilim olvidado en una de las montañas de Mirón? Esta semana, luego de treinta y cinco años retornó a nosotros’.

“Me emocioné sobremanera al escuchar la noticia y entendí que sobre esto fue dicho (Mishlé 12:21): ‘Ninguna adversidad le acontecerá al justo’. Mi padre no había querido recuperar el libro en su momento por su meticulosidad en el cuidado de la pureza de la vista, y del Cielo le regresaron el libro”.

Del Tesoro

Enseñanzas de Morenu veRabenu
Rabí David Jananía Pinto shlita



El silencio enseña mucho

“Y viajaron del Monte de Hashem, una jornada de tres días...” (Bamidbar 10:33).

Nuestros Sabios, de bendita memoria, explicaron que la intención del versículo al decir “viajaron del Monte de Hashem una jornada de tres días”, es que, así como los niños al salir de la escuela, salen escapándose, así mismo los Hijos de Israel se escaparon del Monte Sinai.

La acusación que se hace a los Hijos de Israel de que “escaparon” del Monte Sinai se puede comprender por medio de la siguiente alusión:

Imaginemos que una persona tiene un invitado en su casa, a quien le concede todo lo que desea, tanto en cuanto a lo material como en cuanto a salud, éxito y también espiritualidad, lo lleva a niveles elevados en el servicio a Hashem y en el temor al Cielo; y todo ello, sin que tenga que pagar un centavo. Un buen día, viene el invitado y le dice al anfitrión: “He estado en su casa demasiado tiempo; ahora me voy”. ¿Acaso el anfitrión simplemente le deseará un buen viaje y se despedirá de él? Seguro que no. Más bien, el anfitrión tratará, con las mejores palabras que se le ocurran, de convencerlo de que permanezca aún más...

Esa es la alusión. El Pueblo de Israel se encontraba en el Monte de Hashem, donde vieron grandes salvaciones y maravillas, y en donde tuvieron el mérito de elevarse muy alto. Cuando Moshé les dijo que viajaban a la Tierra de Israel, no se opusieron en absoluto. No se les ocurrió decir: “No, no queremos entrar a la Tierra de Israel. Tenemos miedo de que las molestias que involucran las vanidades de este mundo provoque que nos alejemos de Hashem, ya que cada cual estará ocupado en su vid, en su higuera; entonces, ¿qué será de la Torá?”. Los Hijos de Israel no argumentaron esto, sino, más bien, permanecieron callados y viajaron.

Esta es la mayor acusación; ¿cómo puede ser que ni siquiera intentaron pedir quedarse un poco más? Por esto fueron comparados a los niños que se escapan de la escuela. Este descenso provocó que cayeran todavía más, al punto que llegaron a desear comer carne. Como dice Rabí Shimón bar Yojay: “Ellos quisieron confabularse, pues carne ya tenían, y por medio de su querrela llegaron al pecado de los espías, quienes calumniaron a la Tierra de Israel, lo que ocasionó que permanecieran en el desierto por cuarenta años. Como consecuencia, no circuncidaron a sus hijos todo ese tiempo. Todo esto fue efecto de la falta de ‘mente y corazón’, es decir, la intención y el deseo debido para servir a HaKadosh Baruj Hu, alcanzando la verdadera pureza”.

Cuando —jas veshalom— el corazón se desconecta de los pensamientos de santidad y de pureza, entonces, la Inclinação al Mal encuentra lugar para entrar y residir en el corazón de la persona. Es lo que decimos en el poema Azarani, El jay (‘Ayúdame, Dios viviente): “Aleja de mí la secta que en mí se oculta”, que es una referencia a la Inclinação al Mal que reside en el corazón y se oculta en el cuerpo de la persona.

También los ancianos tienen anhelos

“Y desde los cincuenta años, dejará el ejército del servicio, y no servirá más” (Bamidbar 8:25).

El autor de Imré Jaím, de Viznitz, solía decir:

“Todo placer tiene su momento: en la niñez, el hombre desea dulces, juguetes y similares; cuando crece y se hace adulto, quiere dinero; pero cuando llega a los años de la vejez, todos los placeres se anulan, excepto el placer del honor, el cual proviene de la cualidad del orgullo.

Esto es lo que quiere decir el versículo “Y desde los cincuenta años (años de vejez), dejará el ejército del servicio, y no servirá más”: desde que empieza los años de la vejez. él ya no necesita realizar el servicio difícil, batallando contra la Inclinación al Mal, como en los años de su juventud; “y no” implica que debe llegar a la cualidad de la humildad, saber que él no es nada y “no hay” en esto “no servirá más”, sino que aún a esa edad hay razón para servir y tener cuidado.

Hombres de Fe

Enseñanzas de vida tomadas del libro “Hombres de Fe” sobre los tzadikim de la dinastía Pinto

Proteger el honor de la Torá

Rabí Yaish Krispín, zatzal, uno de los más destacados eruditos del pueblo de Wald-Rahil, se dedicaba al comercio para ganarse la vida. Rabí Krispín viajaba por todo Marruecos, yendo de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, comprando y vendiendo productos.

Cuando los habitantes del pueblo oyeron que estaba planeando viajar a Mogador, le pidieron que llevara el dinero que habían prometido donar a Rabí Jaím HaKatán para que lo distribuyera para caridad. Rabí Yaish estuvo de acuerdo y llevó todos los sobres para el Tzadik.

Cuando estaba saliendo del pueblo, oyó que lo llamaban:

—¡Rabí Yaish, Rabí Yaish!

Era la señora Masouda Veitzman, suplicándole que llevara también el dinero que ella había prometido entregar al Tzadik, Rabí Jaím. Rabí Yaish tomó su dinero, lo guardó en el bolsillo y continuó rumbo a Mogador.

Debido a que Rabí Krispín no conocía Mogador y nunca había visto el sagrado rostro de Rabí Jaím, le preguntó al primer judío que encontró cómo llegar a la casa del Rav.

Cuando estaba camino a la casa de Rabí Jaím, se le acercó un judío de aspecto venerable y le preguntó si era Rabí Yaish Krispín. Cuando le respondió afirmativamente, le dijo:

—Yo soy Rabí Jaím Pinto.

Rabí Yaish estaba sorprendido ante el inesperado encuentro. Rabí Jaím continuó diciéndole:

—Pésaj se acerca y muchos judíos vienen a pedirme ayuda para poder comprar lo necesario para el Jag. No hay mucho tiempo pero hay mucho por hacer. Le agradecería si puede entregarme el dinero que la gente prometió donarme.

—El dinero se encuentra empacado en medio de mis pertenencias. Preferiría llegar primero al hotel y desempacar. Entonces, encontraré el dinero y podré entregárselo al Rav.

Rabí Jaím insistió:

—No me moveré de aquí hasta que no reciba

el dinero. Las necesidades son urgentes y no se puede perder el tiempo.

Rabí Krispín comenzó a bajar sus bolsos. Sacó el dinero y se lo entregó a Rabí Jaím.

—Tiene algo más— le dijo Rabí Jaím.

Rabí Yaish le respondió con certeza:

—Ya le he entregado todo, honorable Rabino.

—Cuando partió de la ciudad, la señora Masouda Veitzman le pidió que me diera el dinero que ella había prometido entregar y usted guardó ese donativo en el bolsillo de su abrigo. Probablemente, después de un viaje tan difícil lo ha olvidado.

Rabí Krispín estaba anonadado ante la capacidad del Tzadik para percibir eventos distantes a través de inspiración Divina. Le dijo:

—Había escuchado sobre la honorable reputación del Rav, pero ahora he sido testigo de ésta.

De inmediato, sacó el dinero del bolsillo y se lo entregó a Rabí Jaím.

Rabí Jaím rápidamente fue a distribuir el dinero entre los pobres y Rabí Krispín se dedicó a sus negocios en la ciudad.

Por el honor de la Torá

Cuando Rabí Krispín entró al Bet HaKnéset, los estudiosos del lugar estaban en medio del Maséjet Pesajim, tal como instituyeron nuestros Sabios (Tratado de Pesajim 6a): “Se debe comenzar a estudiar las leyes de Pésaj treinta días antes de la festividad”.

Rabí Krispín se sentó a observar la escena. En medio de la sesión, uno de los presentes formuló una aguda pregunta que contradecía todo el concepto que estaba en discusión.

Rabí Krispín comenzó a clarificar el tema de acuerdo con su entendimiento hasta que el asunto quedó resuelto.

Todos estuvieron de acuerdo con la explicación de Rabí Krispín, excepto uno de los estudiosos, quien lo miró de forma despectiva y le dijo:

—¿Acaso nuestra iveshivá se ha convertido en una ciudad de refugio? ¡Los extranjeros nos molestan!

Rabí Krispín entendió perfectamente a quién

se estaba refiriendo, pero prefirió permanecer en silencio y ser considerado entre aquellos que “son humillados y no responden”. El resto de los presentes también permaneció en silencio y nadie se puso de pie para defender el honor del huésped.

Pero hubo alguien que estuvo dispuesto a defender el honor de la Torá. Se trataba ni más ni menos que de Rabí Jaím HaKatán. Mientras estaba sentado en su hogar, percibió con inspiración Divina todo lo que había sucedido. De inmediato, llamó a su asistente, Reb Yehudá Ben Ézer, y le pidió que lo acompañara.

—Siento que le han faltado el honor a Rabí Krispín, un erudito de la Torá con quien me he encontrado esta mañana. Uno de los estudiantes de la iveshivá lo ha humillado.

Rabí Jaím y su asistente fueron al Bet HaKnéset. Cuando los estudiantes vieron al Tzadik, se pusieron de pie y le ofrecieron un lugar para sentarse. Rabí Jaím ignoró sus gestos y les dijo duramente:

—No me sentaré entre burlones que no honran a huéspedes importantes y a eruditos de la Torá como Rabí Krispín. Esta iveshivá es una ciudad de refugio para personas como ustedes. y no para brillantes y valiosos huéspedes como Rabí Yaish Krispín, cuya presencia honra a nuestra ciudad.

Al oír la reprimenda del Tzadik, los estudiantes comprendieron que debían enmendar sus actos. Todos, sin excepción, suplicaron perdón a Rabí Krispín por no defender el honor de la Torá, al no rebatir los comentarios negativos en su contra. También expresaron su arrepentimiento por no haberlo recibido cordialmente, tal como se debe recibir a un erudito que llega de una ciudad lejana.

Rabí Krispín aceptó sus disculpas y después de declarar sinceramente que los perdonaba, continuó elucidando el tema hasta que éste quedó absolutamente claro.

Luego del incidente, quienes estudiaban en la iveshivá de Mogador decidieron ser sumamente cuidadosos en el futuro y recibir bien a todos los huéspedes que llegaran, para cumplir con la mitzvá de hajnasat orjim con alegría, brindando honor a cada persona, especialmente a los sabios de la Torá.